

Formación Política de Mujeres en Mesoamérica ¿Para el mercado ó desde el cuidado?

Ana Felicia Torres R
Centro de Estudios y Publicaciones Alforja
Costa Rica

1. ANTECEDENTES

¿Por qué defender la formación política de mujeres en economía feminista como estrategia para el ejercicio de los derechos económicos en lugar de promover proyectos productivos, microempresas ó microcréditos? Es ésta la pregunta sobre la que queremos tejer algunas reflexiones. Éstas se nutren de la experiencia de fortalecimiento del protagonismo y el empoderamiento personal y colectivo de cientos de mujeres líderes, realizada desde el CEP-Alforja en Costa Rica y en Mesoamérica. Esa es la escuela y el lugar de la reflexión...

El Programa de Fortalecimiento del Protagonismo de las Mujeres del CEP-Alforja ha transitado desde el impulso de acciones para sustentar la ciudadanía política de las mujeres, pasando por la ciudadanía económica, hacia la formación de las mujeres en economía feminista. Todo esto junto a mujeres de organizaciones territoriales de mujeres, pero también con aquellas que han desarrollado la vocación y el deseo de incidir en las políticas públicas en el campo económico. Acompañando desde la educación popular los afanes del movimiento de mujeres y feminista en el post-Beijing.

Y es por eso, que las apuestas estratégicas, los énfasis políticos, teóricos y metodológicos han ido mudando de lugar pedagógico: desde la formación para el ejercicio de la ciudadanía política hasta la formación política de mujeres líderes en economía feminista. Todo relacionado con la construcción de nuevo poder para las mujeres: desde lo político en sentido estricto, hacia lo económico en sentido amplio. Buscando cómo liberar ataduras y construir poderes desde la dimensión económica de la vida, en lo personal y en lo colectivo.

Un tránsito cuya brújula son los desencantos con la participación política de las mujeres y con las insuficiencias de los esfuerzos orientados a construir democracia económica para las féminas. Nos referimos al vaciamiento y perversión del sentido político profundo de mecanismos como las cuotas de participación política de las mujeres. Pero también a los quehaceres de los movimientos de mujeres y feministas, de muchas ong's de mujeres y mixtas y de la propia cooperación internacional por

incorporar a las mujeres al mercado de trabajo, ya sea bajo la forma de empleo ó por lo menos de trabajo decente.

Los proyectos productivos, las microempresas, el emprendedurismo, los microcréditos, la generación de ingresos...sustantivos y adjetivos que no han logrado cambiar ni la situación ni los derechos económicos de las mujeres. Y que finalmente también han consumido el trabajo de cientos de mujeres: unas como beneficiarias, otras como técnicas y aún, otras como formadoras y educadoras.

Hoy tenemos una Mesoamérica con más mujeres en el mercado de trabajo pero en empleos precarios, habitando en el sector informal de la economía; maquiladas y maquilando sus vidas...Luego de quince años de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, vivimos en una Mesoamérica con persistentes brechas en la participación política de las mujeres, pero también con millones de mujeres con una carga global de trabajo cada vez mayor y experimentando cotidianamente las consecuencias de brechas en el campo económico, que no sólo no se reducen sino que se ensanchan.

Estas reflexiones recogen también las preocupaciones, sueños y anhelos compartidos en espacios del movimiento de mujeres y feminista como las Mesoamericanas en Resistencia por Una Vida Digna. En este espacio, el CEP –Alforja ha tenido el privilegio, tanto en Costa Rica como a nivel mesoamericano, de contemplar y participar desde la primera línea en el desarrollo de una estrategia de formación de mujeres líderes en economía feminista. Los aprendizajes que hemos derivado de esta experiencia son los que iluminan sustantivamente estas reflexiones. Alrededor de esta experiencia central, se tejen las voces, preocupaciones, desilusiones, enojos y frustraciones de muchas otras mujeres que participan en este tipo de procesos de formación. De tal forma, que se trata de un conocimiento producido en colectivo.

2. MENOS POBREZA DE VOZ Y MÁS POBREZA DE OPORTUNIDADES Y DE RECURSOS

Luego de 15 años de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, las mujeres en general, hemos reducido nuestra “pobreza de voz” en este período. Sin embargo, esto no ha incidido en una reducción sustantiva y con justicia, de nuestra pobreza de recursos y de nuestra pobreza de oportunidades. Dicho en otras palabras, los procesos de empoderamiento político no han tenido un correlato en el empoderamiento económico de las mujeres mesoamericanas ni en lo

personal ni en lo colectivo. Nuestras sociedades son hoy en día “más democráticas” con la participación política de las mujeres; sin embargo siguen siendo muy desiguales en términos del ejercicio y disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales de las mujeres.

La participación política de las mujeres no es fruto de una concesión graciosa de los Estados ni de nuestras sociedades. Es producto de las luchas centenarias del movimiento de mujeres y feminista en todo el planeta. Así, más ó menos desde la década de los cincuenta del siglo anterior, cuando en muchos países se concede a las mujeres el derecho al voto, empieza a aumentar la cantidad de féminas en puestos de elección popular y hasta en la presidencia de los países. La IV Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en 1995, fue un disparador importante en este sentido.

Sin embargo, más allá del cambio en la estética de la política y del innegable derecho de todas esas mujeres a participar, la vida de las grandes mayorías de mujeres ha cambiado poco. La calidad de la representación es muy deficitaria no sólo en términos de la defensa de las causas de las mujeres, sino también por adscripción ideológica neoliberal de la mayor parte de estas mujeres y su adhesión a modelos económicos que depredan la vida en todas sus dimensiones y que profundizan los niveles de expropiación del trabajo de las mujeres y de la naturaleza.

Posiblemente la prevalencia y profundización de las lógicas patriarcales que tiñen todos los ámbitos de nuestras sociedades y su maridaje con capitalismo en esta fase neoliberal, han incidido en que nuestro esfuerzo por “ser incluídas y visibilizadas” haya sido reciclado y puesto al servicio de tendencias conservadoras. Finalmente hemos hecho más habitable nuestro mundo, al crear en nuestras sociedades una especie de narcisismo autocomplaciente derivado de la inclusión de las mujeres en la esfera política. Sin embargo, los resultados han sido magros de cara al mejoramiento de nuestra calidad de vida y al ejercicio de nuestros derechos.

Por otra parte, los procesos de apertura comercial y la apuesta por el libre comercio como motor de las economías nacionales, no sólo no ofrecen posibilidades para “emparejar el piso” en cuanto a la democracia económica a favor de las mujeres, sino que amenazan con profundizar las brechas de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres en el campo económico. Neoliberalismo y patriarcado remozan y recomponen sus complicidades y profundizan aquel dicho “...ella para él, él para el Estado y los dos para el mercado”.

Países como Costa Rica, aún antes de los acuerdos de Beijing en 1995, habían tenido mejorías significativas en el Índice de Desarrollo Humano

Relativo al Género (IDG)¹ y en el Índice de Potenciación de Género (IPG)². Para el año 1995, Costa Rica ocupaba el lugar 29 a nivel mundial, en lo que se refiere al IDG. Para el año 2005, el país había caído al puesto 44.

En cuanto al IPG, para el año 95, Costa Rica se colocaba en el puesto 22, haciendo en diez años una trayectoria inconstante que llegó a ubicar al país en el puesto 28 (1988), para luego presentar un salto, al puesto 19 en el año 2005. Para el año 2008, Costa Rica había vuelto a caer al puesto 27 a nivel mundial.

Se presenta así una evidente brecha entre ambos índices entre 1995 y 2008 y un comportamiento errático, que como sociedad deja muchas dudas. El IDG presenta un retroceso, mientras que el IPG indica un avance discreto y luego un nuevo descenso.

El resto de países de Centroamérica no se encuentran en mejores condiciones que Costa Rica. Para el año 2003, Panamá ocupaba el puesto 50 a nivel mundial en el IPG, El Salvador el puesto 54; mientras que Honduras se ubicaba en el lugar 60. Para Guatemala y Honduras no se reportan datos para ese año.

En nuestro criterio, la trayectoria del Índice de Potenciación de Género en esta década 1995-2005 en el caso de Costa Rica puede llamar a engaño. Efectivamente el país ha avanzado significativamente en cuanto a cuotas de participación política de las mujeres, aunque no lo ha hecho de igual forma en lo que se refiere a la participación económica y el poder sobre los recursos económicos. Sin embargo, los retrocesos y estancamientos del país en lo relativo al IDG en los ámbitos de salud, educación y vida digna, impactan directamente en las posibilidades de que las mujeres accedamos a oportunidades en el campo económico y ejerzamos poder sobre los recursos económicos.

En la medida en que se han ido profundizando los procesos de apertura comercial y de inserción al proceso de globalización, los progresos alcanzados en el IDG se han ido perdiendo. Particularmente en lo que tiene que ver con la calidad de la inserción laboral de las mujeres; elemento básico dentro de una estrategia positiva, sana y sustentable de reducción de las brechas entre mujeres y hombres.

1 Ajusta el progreso medio en desarrollo humano (IDH) para reflejar las desigualdades entre hombres y mujeres. Primero se calculan los índices femeninos y masculinos de casa componente del IDH y luego se combinan, de forma tal que se penalicen las diferencias en el grado de adelanto entre hombres y mujeres.

2 Mide las oportunidades de las mujeres, más que su capacidad y refleja las desigualdades en tres esferas: participación política, participación económica y poder sobre los recursos económicos.

La brecha entre ambos índices y la constatación objetiva del deterioro de la situación económica de las mujeres, han sido señales cristalinas de que hay que repensar el camino y las estrategias.

Las propias organizaciones de mujeres y feministas, con apoyo de la cooperación internacional han dedicado muchos esfuerzos y recursos a presionar a los gobiernos para que formulen políticas públicas para las mujeres en el campo económico.

Pero más allá de eso, muchas mujeres a lo largo y ancho de nuestra Mesoamérica y posiblemente en todo el mundo, hemos dedicado lo mejor de nuestras energías durante estos últimos quince años a impulsar proyectos productivos, iniciativas de generación de ingresos, microempresas, microcréditos y muchas otras formas productivas y asociativas para las mujeres. Sin embargo, "...el piso no se empareja".

En la mayor parte de nuestros países la participación de las mujeres en la Población Económicamente Activa se ha venido incrementando: entre 1990 y 2002 la tasa de participación laboral en las zonas urbanas de la región aumentó del 39% al 50%. Aunque en sectores de actividad poco rentables de la economía, en empleos precarios y sin garantías laborales ni sociales.

Por otra parte, las mujeres hemos venido cumpliendo un papel de intermediarias entre las políticas de atención primaria en salud y los Ministerios de Salud. También hemos aportado una gran cantidad de trabajo no valorado ni cuantificado en el cuidado infantil y de personas adultas mayores y con discapacidad; en la recepción y administración de remesas para las familias, en la producción y organización del consumo de alimentos donados y en la puesta en práctica de programas de combate a la pobreza.

Es decir, que nuestra presencia en el mundo económico, aunque sólo se entienda lo económico como las relaciones mercantiles, es muy importante. Es así como han venido aumentando los hogares y familias con doble ingreso, con jefatura femenina y el crecimiento de hogares unipersonales.

Y aquí nuevamente nos permitimos establecer la relación entre la dimensión política de la participación de las mujeres y la dimensión económica de la misma. Para remarcar que los esfuerzos realizados en ambas dimensiones y la incorporación masiva de mujeres al mercado de trabajo no ha significado ni más derechos ni más recursos ni tampoco más oportunidades para las mujeres.

La condición femenina, hasta finales del siglo XIX confinada al espacio privado y ordenada a la reproducción biológica, social y material

desde las familias, se mantuvo y se reelaboró a partir de la modernización llevada a cabo por los gobiernos populistas en Latinoamérica desde los años treinta del siglo pasado.

Esta modernización tuvo una de sus dimensiones en la concesión del derecho al voto, como respuesta a las demandas de las mujeres y de las organizaciones de mujeres y feministas. Pero también propició una relación más funcional de las mujeres con el resto de la sociedad, al concederles la condición de ciudadanas en calidad de “madres al servicio de la patria”. Ética, estética y política que sigue condicionando de alguna forma la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo y en la política.

Este maternalismo se profundizó en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta a través de las políticas de desarrollo y se profundizó también el proceso de instrumentalización de las mujeres, especialmente con la crisis económica. Además de las invisibilizadas tareas domésticas y de cuidado, el maternalismo nos coloca como agentes sociales para el desarrollo de la comunidad. Todo esto sucedía mientras no se nos reconocía ningún derecho reproductivo. En el plano comunitario, en los momentos de crisis y ante las situaciones de pobreza y pobreza extrema que han tendido a agudizarse, las mujeres nos constituímos en motores de los clubes de madres que conformaron los movimientos de sobrevivencia que pueblan muchas de nuestras ciudades. Estos se conformaron sobre todo por mujeres de barrios populares, convocadas a organizarse como madres responsables.

Mientras todo esto sucedía y sigue sucediendo, las organizaciones de mujeres y feministas apenas empezamos a lograr cambios jurídicos, para visibilizar y proteger el trabajo doméstico realizado por mujeres que reciben una remuneración. Sin embargo, ni las trabajadoras domésticas remuneradas ni el resto de mujeres que realizamos tareas domésticas y de cuidado y que seguimos aportando a la generación del producto interno bruto de nuestros países hemos crecido en derechos económicos.

Somos menos pobres de voz, pero seguimos siendo pobres en recursos económicos y en oportunidades.

3. PAISAJES Y CAMINOS HACIA EL EMPODERAMIENTO ECONOMICO DE LAS MUJERES EN MESOAMERICA

Teniendo en cuenta el contexto anteriormente descrito, deseamos explicitar y fundamentar la opción política y metodológica por la formación de mujeres en economía feminista de cara al empoderamiento y al ejercicio de los derechos económicos.

En párrafos anteriores planteábamos las insuficiencias y las perversiones que ha venido mostrando en esta parte del planeta, la estrategia de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Se trata de una apuesta no menor del movimiento de mujeres y feminista a nivel mundial. No queremos con esto decir que la misma no haya colaborado en la construcción de ciertos niveles de autonomía económica por parte de grandes contingentes de mujeres. Pero hoy en día, aunque indiscutiblemente sigue siendo necesaria, requiere de ser repensada.

La experiencia colectiva y el análisis crítico de la misma, nos va indicando que la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo es insuficiente de cara al empoderamiento colectivo en este campo y a la construcción de sociedades, familias, parejas, empresas privadas, estados y tejidos sociales, que favorezcan el ejercicio integral de todos los derechos de las mujeres, de todas las mujeres y en todas las etapas de la vida.

Una sospecha y una intuición se han venido instalando en muchos de los espacios del movimiento de mujeres y feminista en Mesoamérica y especialmente en las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna, en el sentido de que el neoliberalismo y el patriarcado se nutren de manera viciosa en este momento de nuestra historia, en gran medida del trabajo remunerado de las mujeres y de su inserción al mercado de trabajo. Esto sucede desde lo que la economía política llamaría la extracción de plusvalía que sufren la mayoría de trabajadores. Pero hoy sabemos que la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo se alimenta también de otras formas de expropiación del trabajo, derivadas de la condición de género de las mujeres. Ya muchas investigaciones han demostrado que por ejemplo, las mujeres somos mucho más vulnerables ante las medidas de flexibilización laboral, aceptamos empleos que nunca aceptarían los hombres y tendemos más a colocarnos en el sector informal de la economía. La expectativa de la conciliación entre vida familiar y laboral sigue siendo un perverso mecanismo de expropiación del trabajo de las mujeres en todos los ámbitos de la vida personal y social.

Pero también reafirmamos la certeza de que el capitalismo neoliberal y el patriarcado se nutren ambos del sustento estructural que recibe el capitalismo en su fase neoliberal, del trabajo no remunerado de las mujeres en la esfera doméstica, familiar y de gestión de lo social a nivel comunitario. Y esta afirmación es válida posiblemente para todos los estadios de la historia de la humanidad, excepto cuando las y los seres humanos convivíamos en sociedades matrísticas.

Todos los indicadores sociales, políticos y económicos lanzan señales claras de que la división social del trabajo se ha ido modificando en los espacios públicos, pero que siempre se sostiene sobre la base de una división sexual del trabajo que sufre pocos cambios en las denominadas esferas privadas, pero que sigue siendo un elemento organizador de la participación de las mujeres en la esfera pública y no sólo en la privada. Y que finalmente continúa gobernando los imaginarios personales y colectivos en todos los ámbitos de la vida y especialmente de lo económico.

Y aunque la mayor parte de las organizaciones de mujeres y feministas, especialmente aquellas que se desempeñan en los niveles territoriales, siguen teniendo como prioridad el impulso de iniciativas de generación de ingresos para las mujeres, se va afirmando la urgencia de retomar los procesos de formación política de las mujeres.

Ya no basta idear metodologías y abordajes políticos y pedagógicos para politizar las microempresas, los microemprendimientos, los microcréditos y hasta la formulación de políticas públicas para las mujeres en el campo económico. Tampoco es suficiente tratar de repensar esquemas organizativos renovados que se superpongan en esas iniciativas de generación de ingresos con visiones feministas.

Porque las lógicas del neoliberalismo y del patriarcado van pervirtiendo todos estos esfuerzos y organizándolos armónicamente en la dirección del plus trabajo de las mujeres y del progresivo desapego de nuestras necesidades materiales y espirituales. Afirmándonos como seres para otros, para otras y para el mercado.

Las sospechas nos vienen de lo que vamos viendo en la vida de las mujeres. De lo que vamos escuchando. Por ejemplo, en una actividad mesoamericana de formación en economía feminista, cuando en colectivo buscábamos claves para romper nuestros encadenamientos patriarcales y neoliberales desde la dimensión económica de la vida, una de las participantes visualizaba como transgresión máxima el irse de compras sin que el marido lo supiera y hacerse de una relación extramarital. Dos opciones supremamente conservadoras y finalmente legitimadoras de nuestros encadenamientos neoliberales y patriarcales. Opciones perversas, porque como lobos vestidos con piel de oveja, nos confunden y desorientan nuestros esfuerzos liberadores y de transgresión.

En otras palabras, es hora de sospechar y de desconfiar de opciones que nos llevan a integrarnos sin más al mercado de trabajo, como estrategia para construir empoderamiento y autonomía.

Y esto no significa que no tengamos en nuestro corazón, los afanes y pesares de millones de mujeres que en nuestra Mesoamérica están en la línea de pobreza y debajo de ella. Entendemos en nuestra mente y en nuestro corazón, que no podemos abandonar la búsqueda de alternativas económicas y de generación de ingresos que resuelvan la vida cotidiana de todas ellas. Sin embargo, también vamos comprendiendo que la búsqueda de alternativas económicas tiene que hacerse con una “mirada larga” que nos permita caminar y que no sacrifique el presente en función de un futuro, que en esas condiciones nunca llegará.

Porque a la postre, lo que vamos descubriendo y finalmente acompañando son grandes contingentes de mujeres que han aumentado su carga total de trabajo, que no han crecido en el manejo de nuevas tecnologías, que no reciben una remuneración justa por el trabajo que realizan y que tampoco logran avanzar en su autonomía económica. Los dineros de todas estas mujeres siguen siendo pocos, pequeños e invisibilizados, como también lo es su autonomía. En contraste con su trabajo, que es grande, es mucho y también es invisibilizado. Así como los límites de su accionar, los cuáles siempre están muy cercanos al cuidado de la vida familiar. Por eso, también su dinero es poco...

Los millones de mujeres mesoamericanas que habitan el sector informal en países como Honduras y Nicaragua; que dejan su salud y estabilidad en la maquila textil y electrónica en toda la región, son mujeres que trabajan mucho, que ganan poco. Son mujeres que trabajan en lo público y en lo privado.

4. Construyendo una mirada larga...la formación política de mujeres en economía feminista

Tal como mencionamos en párrafos anteriores, muchas organizaciones de mujeres y feministas y aún muchas ong's en Mesoamérica, hemos transitado de los procesos de formación en temas de orden político a los temas de orden económico. Siempre desde la voluntad de politizar la vida en su integralidad, pero modificando el punto de entrada.

Hoy muchas de esas organizaciones sustentamos el sentido estratégico de volver a los procesos de formación política de las mujeres. Es desde ahí que se ha incursionado en los temas económicos.

La búsqueda de un abordaje teórico metodológico nutritivo para alimentar las sospechas y sustentar nuestras rebeldías no ha sido fácil. Procesos como el desarrollado por las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna ha implicado un tránsito desde el enunciado de la

formación económica para las mujeres, pasando por la economía política feminista, hasta reposar en la actualidad en la perspectiva de la economía feminista para la sustentabilidad de la vida.

El tránsito teórico no ha sido fácil, ya que en alguna medida ha implicado entrar en el debate ideológico en torno a las alternativas de sociedad y sus condiciones para la construcción mínima de igualdad de oportunidades para las mujeres. Debatir entonces, muchas veces desde una experiencia de compromiso político partidario y con los procesos revolucionarios de la década de los ochenta en Centroamérica, si el socialismo será la sociedad que mejor protege los derechos de las mujeres. Porque la inhospitalidad y violencia del capitalismo en su fase neoliberal, es algo sobre lo cuál ya no cabe ninguna duda. Pero también, desde muchos desencantos con los partidos y gobiernos autodenominados de izquierda. Para llegar a afirmar que las mujeres sólo estaremos bien si la naturaleza está bien y que eso sólo será posible en un modelo de sociedad en el que se ponga como centro el cuidado de la vida.

Afirmar la opción por impulsar procesos de formación de mujeres en economía feminista implica desestimar las iniciativas que buscan que las mujeres aprendan sobre economía neoliberal, en versiones denominadas populares y con alguna mediación pedagógica. Sobre todo, cuando esto se visualiza como un primer paso, para luego iniciar una deconstrucción crítica de esos discursos.

Ciertamente las mujeres necesitamos comprender qué es la macroeconomía y por qué a nosotras siempre se nos ubica en la microeconomía. Indagar con curiosidad sobre el mercado de trabajo y sus características y sobre la ubicación de las mujeres en el mismo no deja de ser una tarea urgente. Lo mismo que el conocimiento de la legislación laboral y todo lo relacionado con las denominadas políticas económicas. Indiscutiblemente puede ser de mucha importancia comprender conceptos como los de déficit fiscal, balanza de pagos, producto interno bruto y producto nacional bruto, ingreso per cápita, inflación y deflación, política tributaria y muchas cosas más.

Sin embargo nuestras intuiciones nos van indicando, que la visión crítica de todos esos contenidos y de todas esas dimensiones de la vida económica sobre todo cuando está reducida a la esfera mercantil, sustenta más, es más nutritiva y estimula una apropiación más integral por parte de las mujeres, si se hace desde la mirada de la economía feminista.

Tampoco los tiempos políticos, es decir, los tiempos que las mujeres podemos dedicar a formarnos y alimentar nuestros procesos organizativos y nuestras rebeldías, nos dan para transmitir discursos

hegemónicos para luego deconstruirlos. Nuestra apuesta se encamina más bien a construir contradiscurso desde una mirada amplia de la economía, que la relaciona con el cuidado de la vida en todas las esferas de la vida social. Y desde la cuál, la economía recupera el sentido de “administración de la casa”, de administración del oikos. Y no como la producción de bienes y servicios para el intercambio en el mercado. Desde ahí, el cuestionamiento de enfoques como los de conciliación entre vida familiar y laboral, por sus características funcionales, sustentadoras y reproductoras de la división sexual del trabajo y de des-cuido de la vida en todas sus formas.

Lo anterior tiene una relación directa con la crítica al “tallerismo” que se desarrolló febrilmente luego de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. A todo lo largo y ancho de América Latina, las organizaciones de mujeres y feministas y las ong’s se dedicaron casi por diez años no sólo a construir institucionalidad estatal a favor de las mujeres, sino a impulsar procesos de formación de las mujeres. Es así como se han realizado miles de talleres de formación y capacitación sobre los temas más diversos. Es indiscutible el aporte que han realizado muchos de estos procesos de formación de cara a la formación de liderazgos de mujeres, a la reconstrucción de tejido social y al fortalecimiento organizativo del movimiento de mujeres.

Pero también es cierto que han generado “clientelas” entre las mismas mujeres no organizadas y organizadas, sobre todo, cuando los talleres se inscriben en el marco de proyectos puntuales financiados por la cooperación internacional y no se visualizan como procesos de mediano plazo. Por otra parte, pueden fomentar lo que llamamos “psicología de basurero” por parte de las mujeres, en el sentido de que se nos visualiza como siempre necesitadas de formación, nunca listas para emprender acciones por nuestra propia cuenta y siempre dispuestas a recibir lo que se nos ofrezca. De ahí que consideremos de suma importancia repensar las estrategias de formación de las mujeres en todos los ámbitos, revisar los puntos de entrada y encontrar abordajes teóricos y metodológicos que nos ayuden “a acortar camino” y que finalmente no nos recarguen de más trabajo.

El abordaje de la dimensión económica de la vida de las mujeres desde la economía feminista, nos ha permitido alimentar una visión antisistémica de la sociedad en su conjunto, poniendo el corazón en el análisis crítico del trabajo de las mujeres y en la perspectiva de los cuidados. Tal como menciona Amaia Pérez Orozco, la perspectiva de los cuidados es al ámbito económico lo que la afirmación de que lo personal es político es al feminismo.

Cuidados y trabajo han sido dos claves fundamentales en estos procesos de formación. Han permitido develar dimensiones personales y colectivas profundas de nuestros vínculos con el neoliberalismo y el patriarcado.

Por ejemplo, reflexionar sobre cómo el ámbito del consumo y del uso del tiempo libre nos atan estructuralmente al sistema neoliberal y patriarcal. Ordinariamente estas dimensiones de la experiencia no son sometidas a visiones críticas, ya que se les ubica en el orden de lo privado.

En esta misma línea, el develamiento de la perversión encubridora de visiones patriarcales bipolares, maniqueas y excluyentes que dividen lo público y privado, lo productivo y lo reproductivo, lo personal y lo colectivo y esconden la continuidad y contigüidad entre esas dimensiones de la vida. Estas miradas son pobres y empobrecen.

En estos procesos de formación se afirma la necesidad de colocar el cuidado de la vida en el centro de lo político, lo económico, lo social y lo cultural, así como el cuestionamiento de la identificación de la calidad de vida con la capacidad de consumo.

Mirar el mundo todo como "economía", implica denunciar la invisibilización del valor del trabajo de cuidado de la vida y la reducción del valor del trabajo a lo remunerado. De ahí, el valor estratégico para las mujeres del reconocimiento del valor económico y el aporte social del trabajo doméstico remunerado. El valor civilizatorio de este reconocimiento, no sólo para las amas de casa y las trabajadoras domésticas, sino para todas las mujeres.

Esta valoración hace cobrar un sentido estratégico a las luchas y demandas de las organizaciones de trabajadoras domésticas y de las mujeres migrantes que tanto entre los países del Tercer Mundo, como entre éste y el Primer Mundo, sostienen las cadenas globales de cuidado.

Esta mirada crítica de la economía y de la vida, desde la economía feminista, supone reconocer que la división sexual del trabajo se ha remozado en esta fase del capitalismo neoliberal y que sigue articulando todos los ámbitos de la vida social y no sólo la dimensión "privada" de la vida. De aquí se derivan importantes desafíos pedagógicos y metodológicos para los procesos de formación política de mujeres, ya que se requiere de instrumentos y abordajes teóricos que permitan a las mujeres develar el carácter articulador de esta institución central del patriarcado no sólo en la vida cotidiana sino en el ámbito que llamamos "público". Este ámbito aparece como perversamente neutro con respecto a la división sexual del trabajo y de ahí, la urgencia estratégica de traslucir su presencia y reconstruirla.

Y aunque parezca que no tiene nada que ver con la economía, el carácter vertebrador de la división sexual del trabajo en todas las dimensiones de la vida se apalanca con la heterosexualidad obligatoria. Institución del patriarcado, que sabemos trasciende las opciones u orientaciones sexuales, para constituirse en la expresión moral de dicotomías heterosexualmente complementarias como público/privado; personal/colectivo; hombre/mujer; femenino/masculino; hombre/naturaleza; mitos/ciencia; magia/tecnología; emocional/racional; trabajo/no trabajo; productivo/reproductivo/no productivo.

Esta “mirada larga” desde la economía feminista, supone entonces:

- a) Revisar y modificar los abordajes teóricos y políticos sobre la economía. Desde la perspectiva de los feminismos en conjunto con la economía feminista, esto supone mostrar que la economía tiene que ver con la vida toda y no sólo con las relaciones mercantiles. En alguna medida, politizar todos los ámbitos de la vida, develando que la deconstrucción de la dimensión económica de la vida es clave en los procesos de empoderamiento personal y colectivo de las mujeres. Estamos planteando de alguna forma, el desafío de desarrollar procesos de construcción de subjetividad feminista desde la dimensión económica de la vida.

En los procesos de formación política de mujeres desde la perspectiva de la economía feminista, esto implica como primer paso el abordaje de conceptos centrales del feminismo como los de patriarcado y división sexual del trabajo. Para a partir de ahí poder desarrollar planteamientos centrales de la economía feminista como la perspectiva de los cuidados, el análisis crítico del concepto de trabajo, la deconstrucción de categorías bipolares como público/privado; trabajo/no trabajo y productivo/no productivo.

Desde esta base teórica indispensable, hacer una aproximación crítica y selectiva de la crítica desde los feminismos y la economía feminista para la sustentabilidad de la vida al proceso de globalización neoliberal, a los procesos mundiales de reorganización de los cuidados y del trabajo y a las diversas crisis que estamos enfrentando a nivel planetario (alimentaria, financiera, energética, “ambiental”).

Los procesos de formación política de mujeres desde la economía feminista requieren también de abordajes teóricos que permitan visualizar la intersección de las múltiples opresiones en la vida de las mujeres (género, clase, etnia, edad, preferencia sexual,

discapacidad, nacionalidad) y su importancia para la reproducción del capitalismo neoliberal y del patriarcado.

Un último elemento que nos parece de fundamental importancia pasa por deconstruir críticamente las prácticas de consumo individuales y familiares, ya que éste representa un vínculo estratégico con el capitalismo neoliberal y que urge deconstruir.

- b) Construir abordajes metodológicos y pedagógicos e instrumentos didácticos coherentes con esta aproximación. Esto supone asumir al desafío de hacer realidad desde el punto de vista metodológico la afirmación de que lo personal es político y apostar a establecer conexiones racionales y emocionales desde la vida cotidiana de las mujeres, de manera que podamos develar el vínculo genético entre nuestro trabajo como mujeres, nuestra capacidad de cuidado y nuestras opresiones neoliberales y patriarcales. De alguna manera vamos afirmando que “lo que no pasa por lo personal, no se apropia”.
- c) Construir análisis e instrumentos críticos que permitan abordar de manera crítica pero amorosa, las miles de experiencias productivas, de comercialización y consumo que realizamos las mujeres, especialmente en los niveles locales y territoriales. La economía feminista todavía no cuenta con este tipo de instrumentos que puedan ser utilizados en procesos de formación política de mujeres, especialmente cuando éstos se realizan desde la educación popular.

5. Autocuidado y cuidado mutuo...procesos de formación política con el centro en nosotras

A lo largo de varias décadas, especialmente durante la década de los ochenta, el movimiento de mujeres y feminista en Mesoamérica dedicó muchas de sus mejores energías y capacidades a construir institucionalidad estatal a favor de las mujeres. Lo mismo hizo con respecto a los movimientos sociales mixtos.

Los saldos de ese esfuerzo no fueron los esperados por las organizaciones de mujeres y feministas. Fueron muchos años de impulsar secretarías de la mujer al interior de las organizaciones sindicales, urbanas y campesinas; de buscar alianzas en torno a temas de interés común; de sustentar movilizaciones callejeras no sólo con nuestros cuerpos marchantes, sino con mujeres que continuaban apoyando en la logística y en todas las tareas de cuidado que demandan estos afanes.

Sin embargo, las agendas estratégicas de esas organizaciones nunca cambiaron y las demandas de las mujeres siguen siendo vistas como “agendas sectoriales” y en el peor de los casos de “sectores vulnerables”. Todo este sobreesfuerzo finalmente hizo que esas organizaciones no sólo lucieran políticamente correctas, sino que las convirtió en organizaciones “más habitables”, aunque no necesariamente más amigables con las mujeres.

Tal como mencionamos en párrafos anteriores, algo similar sucedió con la incorporación masiva de mujeres en los partidos políticos, en la institucionalidad estatal y con los esfuerzos orientados a construir política pública y mecanismos institucionales en torno a los derechos de las mujeres.

Y al hacer el balance, descubrimos “un feminismo sin cuarto propio”, como lo define la feminista nicaraguense Sofía Montenegro, un movimiento de mujeres y feminista con “su centro fuera”, debilitado en su planteamiento ideológico y sin formación y ampliación de nuevos liderazgos.

Es por eso, que algunas expresiones del movimiento de mujeres y feminista en Mesoamérica, como las Mesoamericanas en Resistencia por Una Vida Digna, nos vamos declarando rebeldes y en resistencia ante el neoliberalismo y el patriarcado, pero también decidimos retomar nuestros propios procesos de formación política de manera autónoma. Como una estrategia profunda de autocuidado y de cuidado mutuo entre nosotras y en alguna medida, de des-cuido y des-maternalización frente al Estado y a los movimientos sociales mixtos.

San José, Costa Rica
Mayo 2010